

M.-D. Molinié

El Hijo en agonía

Precisiones técnicas y comentarios

Aclaraciones y observaciones

La epístola a los Hebreos dice que Jesús, en la hora de la agonía, fue *consummatus*: elevado a su perfección última (*teléioteis*). Santo Tomás ve en él un hombre lo más perfecto posible, tanto según la naturaleza como según la gracia. Siguiendo la tradición extremadamente sólida que ha perdurado hasta nuestros días, combatida solamente por los exegetas más recientes, él cree que Cristo fue dotado de la visión beatífica desde su concepción. De este don único, desconocido a toda otra criatura, resulta una perfección extraordinaria, en el orden de la inteligencia y de la voluntad. Es evidente, en particular, que Cristo fue impecable desde su concepción: los teólogos reconocen que ninguna tentación es posible desde la visión cara a cara.

Pero esta posición conlleva disminuir al máximo la gravedad del combate sufrido por Cristo en la hora de la agonía: para santo Tomás, Jesús cumplía todavía la voluntad de su Padre al pedirle «alejar este cáliz sin que él lo beba». Sólo su sensibilidad pudo ser tentada ante los sufrimientos de la pasión: en consecuencia, suplicó a su Padre que le librara de ellos.

Sólo que, bajo esta perspectiva, se hace difícil dar toda su fuerza a las palabras de la epístola a los Hebreos, según las cuales, a pesar de ser Hijo, debió «aprender la obediencia» para «ser elevado a la perfección»^[1]. No creo traicionar el espíritu de este texto pensando que este acto constituye un progreso hacia una «perfección» *moral*.

Es evidente que el Cuerpo del Cristo no era perfecto: no llegó a serlo hasta la resurrección. Antes de eso estaba expuesto al hambre, la sed, la fatiga y el sufrimiento; protegido de la

enfermedad por una intervención providencial, pero vulnerable a los dolores de la pasión, y sufriendo el sudor de sangre en la agonía. Atribuyo una importancia particular a este sudor de sangre que duró mucho tiempo, ya que la misma agonía duró toda la noche: repetidas veces, Jesús fue a pedir a los apóstoles que rezaran con él en el desamparo en que se encontraba.

Por eso supongo, sobre la base del Evangelio de Lucas y de la epístola a los Hebreos, que la agonía fue para Cristo la ocasión de una promoción extraordinaria: un verdadero «paso» al estado de perfección, cuya figura para los hebreos era el paso del Nilo; prelude de la gloria que conocería pronto, superando ya la miseria a la que se había sometido voluntariamente hasta entonces. Creo que recibió, según sus propias palabras, un verdadero bautismo, y que superó así una etapa decisiva en el camino de la resurrección.

Esta etapa no podría referirse a la visión cara a cara, perfecta desde el principio, ni al acto de caridad enraizado directamente en la Visión, que corresponde a lo que santo Tomás llama la *voluntas ut ratio* (la voluntad espiritual). Este acto excluye toda tentación y toda posibilidad de progreso; está fijado para siempre en su grado de intensidad suprema, no tiene que ser «consumado en perfección», ya que responde al amor del Padre al Hijo en la igualdad de amor cantada por san Juan de la Cruz: la caridad del Padre y la de Jesús se encuentran y fusionan en «un solo amor».

Sólo que este amor no es el único ofrecido por Jesús a su Padre... ¡y quizá no el más valioso! Inferior a la caridad divina, hay en el Corazón carnal de Jesús, cómo en toda criatura, un amor *natural* a Dios sobre todas las cosas. Este amor es elevado por los dones de la gracia y de la gloria (Visión, caridad, dones del Espíritu Santo); elevado tanto como queramos, pero distinto de la caridad misma: no se podría negar sin atentar contra la verdad de la naturaleza humana del Cristo.

Pues bien, yo afirmo que existe el riesgo de que este amor sea más valioso que la caridad, porque es más pobre y más cercano a la nada: más carnal, más expuesto a tentaciones que la caridad ignora, a los combates que la libertad decidirá a favor de la voluntad del Padre, pero no sin que la naturaleza se estremezca ante esta decisión aplastante: «No lo que yo quiero, sino lo que tú quieres». No es la caridad quien dice eso, porque la caridad es una con el Padre; cuando dice «quiero», impone su voluntad al pobre amor natural que ciertamente querría ver este cáliz alejarse sin que él lo beba...

En definitiva, Jesús dijo: «No lo que yo quiero como miserable a pesar de tus dones indecibles, ¡oh Padre!, sino lo que tú quieres... y lo que quiere también mi caridad que es sólo una contigo. Desde luego deseo otra cosa en mi pobre carne, podría decir “no” sin rebeldía ni tentación de pecar, a modo de súplica permanente y confiada en tu piedad para mí... ¡No lo digo!»

En efecto, si Cristo pudo decir un solo instante: «Padre, tú lo puedes todo, ¡aleja de mí esta cáliz!»^[2], es que esa palabra no implicaba la mínima dosis homeopática de pecado. Por tanto, si fue pronunciada un segundo, habría podido prolongarse horas sin atentar contra la santidad de Jesús. Me permito suponer entonces que en ese caso, si el Padre no hubiera «escuchado a Jesús a causa de su piedad»^[3] ofreciéndole la gracia extraordinaria sobre la que volveremos, habría cedido a esta súplica y retirado el cáliz, enviando las doce legiones de ángeles que vuelven irrisoria la intervención de Pedro, ¡que quería sacar la espada para protegerle!

Está claro que Dios envió a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores: es de fe claramente definida. Es, pues, por amor a los pecadores por lo que el Verbo se encarnó, por ellos sufrió la pasión. Dios no necesita a los hombres ni a los ángeles: el Creador de millones de ángeles no es más perfecto ni más feliz que el Dios trinitario. La única imagen que puede darnos una luz sobre el movimiento creador es la del juego, pero ¿de dónde

viene esta necesidad de la Sabiduría de jugar con los ángeles y «los hijos de los hombres?»[\[4\]](#)

Afortunadamente, san Agustín nos dice: «Si por desgracia creyeras comprender algo de Dios o de lo que hace, ¡ya no sería Dios!» Si no comprendemos nada de la creación de los ángeles, todavía menos podemos comprender la de los hombres. Justificar la Encarnación por la gloria de Cristo es caer en la trampa denunciada por san Agustín: creemos comprender lo que Dios hace, ¡entonces no es él!

Peor todavía. Dios quiso regalar a las criaturas inteligentes el poder de rebelarse, y algunos lo han aprovechado para hacerlo eternamente... aquí ya no comprendo, entonces voy por el buen camino: ¡Hablo verdaderamente de Dios! En la línea de una locura semejante, podemos imaginar que el pecado de los hombres ofrecía a la Sabiduría un poder de jugar con su libertad, que el pecado de los ángeles no le ofrecía, ya que eran el puro fruto de su libertad implacable.

Ahora bien, en Cristo la miseria de la libertad humana se manifiesta menos a través de su caridad que a través de su pobre amor humano, que desfallece ante los dolores de la pasión. El Corazón de Dios no se resistió a esta miseria: envió el sudor de sangre en respuesta al sufrimiento indecible de la agonía (peor que el de la pasión, porque lo envolvía en los horrores del infierno), para realzar la dulzura humana de Jesús, sometida a las angustias de la tentación hasta que no sea resucitada.

Así pues, concedió a esta dulzura morir por el sudor de Sangre y resucitar enseguida, anticipando secretamente la resurrección del cuerpo. De modo que Jesús pudo afrontar la pasión con la dulzura de un amor natural ya resucitado, mientras que su cuerpo continuaba sufriendo y muriendo en las angustias de la pasión.

Por eso aparece claramente, según el relato de los Evangelios, que Jesús durante su pasión estaba de alguna manera más sereno que en la hora de la agonía, conducido por una fuerza que no poseía antes, habiendo alcanzado «por la obediencia» una

perfección desconocida antes, una paz que era ya la del cielo, que incluso en la hora de la Transfiguración aún no había recibido.

Precisiones técnicas y comentarios

La caridad de Cristo no puede crecer, ya que está fijada eternamente por la visión cara a cara: esto es tomista, y recibido sin oposición por la Iglesia latina en general. Pero Cristo ha sido «llevado a la perfección por la obediencia» diciendo: «No mi voluntad sino la tuya»: ¿qué perfección, qué progreso moral o espiritual puede haber, si la caridad no puede ya crecer?

Me tiro al agua contestando que Jesús ofrecía a su Padre, como toda criatura inteligente, un amor *natural* a Dios sobre todas las cosas, que no se debe confundir con la caridad: es el acto propio de lo que santo Tomás llama la *voluntas ut natura* (la voluntad natural). Pero al decir esto me separo deliberadamente de su pensamiento: en efecto, para él, la *voluntas ut natura* comprende los apetitos sensibles. Sabía bien que toda la vida afectiva de Jesús estaba sustentada por un amor ciego, pero parece que no consideró nunca que este amor pueda y deba expresarse a través de un acto, distinto del acto de caridad.

Temo que soy el único que se arriesga a una hipótesis semejante, que sin embargo me parece sensata. Tiene además la ventaja de presentar con realismo la tentación de Jesús en la agonía, respetando la impecabilidad otorgada por la visión cara a cara: es precisamente este enigma el que me ha llevado a la intuición de un doble amor en Jesús y en todos nosotros: uno de pura caridad, otro natural elevado por la caridad.

Para santo Tomás, la *voluntas ut natura* abarca simplemente las demandas de una carne enferma como la nuestra: «El espíritu está pronto pero la carne es débil»^[5], Jesús mismo lo experimenta, y se supone que su *voluntas ut natura* tiene que presentar a su Padre la fragilidad de esta carne como un motivo de súplica para que «este cáliz pase sin que él lo beba». Parece que no ve lo que yo mismo no veía, ni nadie que yo sepa: esa

súplica es un *diálogo* del que el apetito sensible no es capaz. Para que Jesús suplique en nombre de su carne, hace falta, pues, que las reacciones de la carne sean tomadas en cuenta por una voluntad *espiritual*, una voluntad que ama a Dios, aunque le pida que aleje lo que su caridad desea con una fuerza irresistible.

Pues bien, es necesario que haya en Jesús dos amores a Dios, uno y otro impecables, pero no del mismo modo. La caridad es impecable, no sólo gracias a la Visión, sino porque su ejercicio se sumerge inmediatamente en la igualdad de amor: la caridad es sólo una con la Voluntad divina, sin tentación posible, incluso en la oscuridad de la fe. Solamente que la caridad no basta para hacer al sujeto impecable: porque el amor natural puede ser tentado de apartarse de la caridad mientras no ve a Dios (ésta fue la tentación de los ángeles).

Y también, aunque Jesús fuera impecable a causa de su caridad fija en la Visión, su amor natural podía resistirle a modo de súplica... y eso es precisamente lo que tuvo lugar en la agonía. Duró unos segundos, habría podido durar horas sin el menor rastro de pecado; pero con la angustia de un combate cuyo sudor de sangre manifiesta que podía ser mortal.

Los ángeles buenos conocieron así la muerte del amor natural (la «muerte de los ángeles» de la que habla san Bernardo): en cuanto han dicho «sí», su amor se ha dejado abrasar por la caridad dentro de la cual ha resucitado, pudiendo soportar entonces el impacto de la Visión a través del juego de los dones del Espíritu Santo.

Después de ellos, si admitimos que el amor natural no fue glorificado enseguida en el momento de la concepción de Jesús, se hace fácil descubrir un progreso fantástico en su alma, cuando en la hora de la agonía este amor sufre la muerte de los ángeles para resucitar enseguida y hacer frente a la pasión: evidentemente una misión del Espíritu Santo es responsable de este progreso, sin implicar el mínimo acrecentamiento de caridad.

Desde luego, Jesús en la agonía conoció esta muerte en condiciones muy diferentes a las de los ángeles. Pero desde el momento en que dijo como ellos: «No mi voluntad sino la tuya», su amor natural murió para resucitar enseguida, y volverse así lo que me atrevo a llamar una «dulzura resucitada», incluso antes de los acontecimientos de la pasión.

Confieso haber tenido dudas cuando se me presentó esta idea: temí, en cierto modo, inaugurar la resurrección antes de tiempo. Pero esta objeción es precisamente la que los modernos hacen a santo Tomás y a toda la tradición que cree en la Visión de Jesús durante los días de su vida mortal; tradición que, según ellos, glorifica prematuramente a Cristo y le arranca del parecido que quiso tener con nosotros: la visión le convierte en un ser del cielo, que ya no puede ser «semejante a nosotros en todo excepto en el pecado», si no es en la oscuridad de la fe.

No discutiré esta cuestión aquí, es un alivio para mí que, al menos, se hable de ello en la Iglesia: por más que pretendan los modernos no está resuelta, y ya no pido más, me atengo a nuestra tradición bimilenaria.

Sólo que reconozco que santo Tomás tenía tendencia a dotar a Cristo con la más alta perfección posible y que, tácitamente, a fuerza de verlo impecable, sumergía toda su vida afectiva en la luz de la Visión: más que olvidar el amor natural, supongo que lo creyó sumergido en la gloria de la igualdad de amor, propia de la caridad. Le otorgaba, pues, desde este mundo, la glorificación que había que negar con razón al cuerpo de Jesús: en este estado, Jesús no sólo es impecable, sino que se hace incapaz de ser tentado *seriamente*.

Si se quiere, pues, que Jesús sea tentado seriamente en la agonía y «conducido a la perfección», no hay que conceder demasiado a la Visión ni a la caridad que deriva de ella: hay que dejar lugar a un amor natural *no glorificado*. Cuando digo que a partir de la agonía este amor fue resucitado, sólo hago retroceder hasta esta hora un privilegio que santo Tomás le confería

tácitamente desde su Concepción: lejos de inaugurar la resurrección antes de tiempo, aplazo hasta Getsemaní la hora del amor humano de Jesús hacia su Padre. Todos los reproches que se me puedan hacer me encuentran, pues, en buena compañía, con santo Tomás... y quizá menos vulnerable que él.

Partimos, pues, de la idea de que el amor natural de Jesús sufrió la muerte de los ángeles en la hora de la agonía, para resucitar enseguida en el fuego de la caridad (o en la gloria: importan poco los términos, aunque tengan peso).

Una primera consecuencia, si admitimos este punto, es la independencia de este misterio respecto a la intensidad o grado de la caridad. La caridad de Cristo sobrepasa la de todas las criaturas, está fija para siempre desde su concepción en la visión cara a cara: aquí me amparo sólidamente tras la posición tradicional, y saco implacablemente las consecuencias de ella. La misión del Espíritu Santo en la agonía no aumentó la caridad de Cristo, dirigió o promovió un misterio de otro orden: el de la glorificación de la naturaleza a partir de la caridad.

En este punto adopto una posición personal que me parece, en cambio, sólidamente tomista. Sostengo que todo acto de caridad, por débil que sea, tan ahogado como se quiera en el corazón de una naturaleza pecadora, donde aparece como la más pequeña de todas las semillas, goza del privilegio de la igualdad de amor entre Dios y la criatura: en tanto que profundamente recíproco, la caridad une a los amigos, creados o increados, en un solo amor... *su amor*.

Por eso, en la medida en que san Juan de la Cruz y otros autores hablan de un progreso que orienta a los pecadores hacia la unión transformante, sostengo que se trata de otro progreso que el de la caridad: ésta puede aumentar en los humanos, pero no la de Cristo, ni la de los ángeles que han dicho «sí». Hay, pues, otro progreso posible: el de la naturaleza más o menos abrasada por el fuego de la caridad, que define la muerte de los ángeles, después el «progreso» de Cristo en la agonía. Es la

única explicación que he encontrado al texto de la epístola a los Hebreos. Es un progreso de la influencia glorificadora de la caridad sobre la naturaleza, no un progreso de la caridad misma.

Precisados estos puntos, saco de ellos conclusiones importantes sobre las preguntas que siempre me han preocupado. Empiezo a creer, en efecto, que la unión transformante era accesible antes de la llegada de Cristo, y que ha podido ser concedida a almas como las de Abrahán, Moisés, Elías o los mártires de Israel. Al hacer esto, parece que reniego de mi cuaderno sobre los Cielos abiertos^[6] y la idea de una habitación por la gloria en la oscuridad de la fe reservada a los cristianos. Estoy obligado, pues, a considerar esto más de cerca.

No excluyo, sin embargo, que los mártires de Israel hayan conocido la muerte física sin que su amor natural sufriera la muerte de los ángeles. Pero, ¿qué era para ellos el Purgatorio? El Sheol de la Antigua Alianza no parece ajustarse a las descripciones de Catalina de Génova, en las que la gloria aplasta las almas demasiado impuras para soportarla: esta gloria, traída por Cristo, ¿podía abatirse sobre los justos del Antiguo Testamento?

Esto plantea para mí una dificultad añadida: un cristiano que muere en la unión transformante ¿va directamente al cielo? Por supuesto tiendo a pensar que sí, pero no me siento liberado de todas las objeciones posibles respecto a esto. Para contestarlas, habría que aclarar las cuestiones relativas al Purgatorio, ¡y todavía no me siento capaz de eso!

El único punto totalmente cierto es que nadie pudo entrar en la Visión antes de que Jesucristo abra las puertas del Reino de los cielos. Por otra parte quisiera saber cómo la Iglesia tomó conciencia de esta verdad, definida o no, proclamada por los Padres o no: la raíz de esta certeza parece ser la afirmación del Símbolo de los Apóstoles de que Jesús «descendió a los infiernos», es decir al Sheol, para abrir la puerta del cielo a las almas de los justos.

Si esto es así, tampoco los santos José y Juan Bautista pudieron gozar de la Visión a la hora de su muerte: tuvieron que esperar en el seno de Abrahán la bajada de Cristo al Sheol. Lo que inclinaría a otorgarles la Visión es la santidad excepcional del primero y la gracia del martirio del segundo. Pero recuerdo el principio expresado en estas páginas: la igualdad de amor y la muerte de amor no se deducen de la *intensidad* de la caridad. San José pudo tener, pues, un grado de caridad que sobrepase a todas las criaturas (después de la Virgen) sin alcanzar por eso la igualdad de amor: es obligado concedérmelo a partir del momento en que el mismo Jesús sólo conoció este misterio en la hora de la agonía.

Querría subrayar también que la gloria que abrasa el amor natural no es la de la Visión, sino el fuego de la caridad: el «fiat» de los ángeles permite a este fuego abrasar el amor natural antes de la gloria de la Visión, que sobreviene como recompensa, no como motor de la igualdad de amor. Así sucede en todos los santos, cristianos o no: es por lo que hoy dudo en rechazar el acceso de este misterio a los justos de la Antigua Alianza, y también a los pueblos no evangelizados.

Tengo otra razón para esto, otra definición de la gracia cristiana y de la novedad aportada por Cristo (tercera clase de progreso). Están en efecto:

—La intensidad de la caridad.

—El grado de deglución del amor natural en su fuego.

—Por último, el progreso original que nos envidian los ángeles: la iniciación al dolor de Dios a través de los dolores de la pasión. La caridad quiere el pecado original; pero la debilidad del amor natural, hasta que no ha resucitado, retrocede ante el paroxismo que eso entraña para Jesús y María. Este paroxismo tuvo lugar en la hora de la agonía, cuando Cristo lo ofreció con perfección. Luego sufrió la pasión por su esposa, que es la Iglesia, para que contemple y codicie, a través de la locura de la cruz, esta desdicha y esta bienaventuranza...

Aclaraciones y observaciones

Como complemento al tema anterior, resultan de gran interés las precisiones que el P. Molinié realizaba en sesiones de preguntas con algunos de sus amigos, lo que puede ayudarnos a aclarar algunos puntos de la agonía del Hijo y a profundizar en sus consecuencias.

El P. Molinié: –Hoy he descubierto una cosa: primero, que Cristo tenía voluntad propia. Simple y llanamente. En la agonía, su obediencia consintió en decir «no» a su propia voluntad, que decía «no» al cáliz -humildemente, todo lo que se quiera; pero en definitiva, a pesar de todo, pedía-, tenía la tentación de apartar el cáliz. Es lo que llamo una voluntad propia, porque es una voluntad autónoma en relación con lo que santo Tomás llama la *voluntas ut ratio*: la voluntad como totalmente espiritual, el ápice del alma. En consecuencia, este ápice, estando en la Visión, estaba necesariamente de acuerdo con el Padre. Pero la *voluntas ut natura*, dice santo Tomás, tenía suficiente autonomía para crear una tensión, y una tentación de decir: «¡Ah no, ah no, eso no!»

La *voluntas ut ratio*, que es la voluntad espiritual, estuvo obligada a decir: «No mi voluntad, no mi propia voluntad, sino la tuya que es la mía en tanto que *ratio* -pero que, a pesar de todo, es distinta en cuanto *natura*-, no mi voluntad, sino la tuya»; y así, dice la epístola a los Hebreos (lo cual es, sin embargo, inverosímil, si pensamos que se trata del Hijo de Dios hecho hombre), fue llevado a la perfección aprendiendo a obedecer. Por tanto, ¡aprendió algo que no sabía!

En el ápice del alma sabía todo, pero en su ser total no sabía todo. Y lo que he descubierto hoy es que esta situación no es una imperfección de la *voluntas ut natura*, es una imperfección de la *voluntas ut ratio*, que todavía no domina absolutamente la *voluntas ut natura*, como lo hará después de la resurrección.

En la resurrección, la voluntad espiritual, el ápice del alma, gobierna en Cristo absolutamente todo, incluidas las pasiones, todas las emociones, que tienen su espontaneidad pero que no

pueden provocar el drama; no pueden provocar tentaciones porque no tienen ya autonomía suficiente para decir: «Ah no, eso no». Entonces ya no hay conflicto posible, porque la gloria del alma, de la *mens*, del ápice del alma, brilla absolutamente. Es la *redundantia* de la que habla santo Tomás. Se impone absolutamente al psiquismo. En el estado de *viator*, Cristo tenía esa imperfección, pero que le da la oportunidad de hacer un regalo a su Padre que no habría podido hacer si no la tuviera.

He descubierto que es una imperfección de la *voluntas ut ratio*, y no de la *voluntas ut natura*, que no está en estado de *redundantia*; es decir que es una imperfección de la visión cara a cara y de la misma igualdad de amor, que no brilla más. Pero es una imperfección ontológica, no es una imperfección moral, ya que, al contrario, es una gran perfección moral obedecer pobremente en lugar de brillar absolutamente.

B: —Pero la *voluntas ut ratio* ¿está en la naturaleza humana de Cristo?

Molinié: —Ah sí, pero en tanto que es sólo una con la voluntad del Padre por la igualdad de amor. Así que no es tentada. En definitiva no es tentada... a pesar de todo no es tentada. Es a pesar de todo la libertad, a pesar de todo es ahí donde se sitúa la libertad, no en la *voluntas ut natura* que hace lo que puede, y no puede evitar que le parezca penoso sufrir y morir. El cáliz es penoso para ella, contra eso no puede nada. Por lo tanto es la libertad la que puede o bien —teóricamente— desobedecer, diciendo «no, no quiero», o bien obedecer. Y en consecuencia la libertad realiza este acto meritorio de obedecer. A pesar de todo es lo que dice la epístola a los Hebreos. Pues es una imperfección de la *voluntas ut ratio* que no es absolutamente soberana sobre la *voluntas ut natura*, y tiene que elegir entre ella y el Padre, con el que era sólo uno. Sólo que no domina la naturaleza, de ahí la imperfección, de ahí libertad de obedecer. No puede reinar como reinará en el cielo.

Prácticamente no puede desobedecer, pero a pesar de todo es tentada a escuchar a la naturaleza; y después rechaza escucharla, y para Cristo es meritorio rechazar el escuchar a la naturaleza.

Traslado esto a los ángeles y afirmo que, en el primer momento, los ángeles ya dijeron «sí», un primer «sí» que todavía no es perfecto. Porque la *voluntas ut ratio* de los ángeles -ellos tienen también su *voluntas ut ratio*- está de acuerdo con Dios en el primer momento, pero es un acuerdo imperfecto, y suficientemente imperfecto para estar conchabada y condicionada por la *voluntas ut natura* que se complace en el esplendor del ángel. Entonces dice «sí» a Dios de una manera muy oblativa, total, pero que tiene esa imperfección de estar en connivencia con la complacencia natural que el ángel tiene en sí mismo. Y en el momento mismo en el que dice este «sí» imperfecto, oye la invitación a decir un «sí» más perfecto, ante el que es libre, y un «sí» más perfecto por el que dirá no a la naturaleza y a la complacencia que la naturaleza tiene en sí misma. Es un paso más -unos dicen «sí», otros dicen «no»-, pero es el mismo esquema que para Cristo, salvo que Cristo, de hecho, no puede decir «no». Para él, como para los ángeles, es meritorio no decirlo. Su *voluntas ut ratio* debe escuchar la naturaleza o escuchar a Dios, es ella quien dice: *Quis ut Deus?* ¿Quién como Dios? y rechaza escuchar la complacencia de la naturaleza a la que no hace ni pizca de gracia este éxtasis trinitario...

F: —¿Por qué es meritorio para Cristo, si no puede decir «no»?

Molinié: —Es difícil de comprender, ¡es verdad! No lo sé. Busco, pregunto, siento algo. Lo que es cierto es que el acto por el que Cristo dice «sí» en el momento en que decide obedecer -aunque sea infaliblemente bueno- no es lo mismo que reinar sin dificultad en la gloria. Es un acto doloroso, un acto difícil. Desde este punto de vista podemos comprender que es meritorio. También la Virgen es impecante por la predestinación; eso no impide que sea meritorio para ella no pecar. Y, sin embargo, ella

no pecará. Sólo que en Cristo es «peor», porque es impecable. ¡Pero no lo impide! Aunque sea impecable y la Virgen impecante, el combate es muy real, aunque no puedan ser vencidos. Por el hecho de que seas el más fuerte no tienes que dejar de combatir al más débil, hasta que el más débil sea realmente derrotado. En ese momento, el más débil, que es la *voluntas ut natura*, no está derrotado como lo estará en la gloria. Hay que hacer, pues, un esfuerzo para decir. «¡Cállate naturaleza, no quiero escucharte!» ¡No es cómodo! Incluso si eres Cristo..., a pesar de todo sufrió realmente esta tentación.

A: —¿Qué es la *voluntas ut ratio*?

Molinié: —Es la voluntad espiritual, el ápice del alma, la repercusión afectiva de la visión cara a cara en la voluntad. Entonces no podemos hacer otra cosa que amar a Dios. Alguien que tiene la visión cara a cara no puede pecar, es rigurosamente impecable. Por eso Cristo es impecable; no porque sea el Hijo de Dios. Si fuera simplemente el Hijo de Dios hecho hombre, sin la visión cara a cara, sería impecante infaliblemente, porque según el poder ordenado, en su sabiduría, Dios no podría permitir que pecase, eso sería un escándalo, sería indigno del Hijo de Dios. Pero teóricamente, en absoluto, sí podría. Si no tuviera la visión cara a cara, podría. Simplemente Dios no lo permitirá. Con la visión cara a cara, nadie puede pecar; Hijo de Dios o no. Es mecánicamente imposible, si se puede decir así. Alguien que ve a Dios cara a cara no puede querer en absoluto algo distinto de lo que Dios quiere, aunque la naturaleza tire por detrás diciendo: «¿Y yo, que?»; -«No te escucho». Esto es meritorio.

F: —La elección de un hombre ¿no es más meritoria porque tiene la posibilidad de decir que no, mientras que...?

Molinié: —Evidentemente la impresión que tenemos es que la elección de Jesús es mucho menos meritoria. Estoy de acuerdo, y si vamos por ahí, tenemos la impresión de que los santos que están en la igualdad de amor tienen menos mérito que nosotros. Es en cierta medida en virtud de la misma lógica por lo que, de

hecho, san Juan de la Cruz dice que ¡ellos tienen más mérito que nosotros, y que Jesús tiene todavía más mérito que nosotros!

B: –Su amor da peso a lo que hacen.

Molinié: –Eso no es suficiente, porque los ladrones del paraíso aman, y Cristo es, en cierto sentido, un ladrón del paraíso, porque tiene la visión cara a cara. Aman irresistiblemente, y ahí está la objeción que podemos hacerle: él no ha merecido la visión cara a cara, porque no puede pecar, y no puede merecer del mismo modo que los que no tienen la visión cara a cara. Puede merecer de otro modo, ¿de cuál? ¡Cómo vamos a decir que es superior al de los que no tienen la visión cara a cara! Eso no es fácil. Hay que tomar conciencia de la dificultad.

I: –Cristo tenía la visión: sentía más fuerte el contraste entre el pecado y Dios.

Molinié: –¡Atención! Respecto al sufrimiento no digo que sea fácil de explicar, es tan misterioso como la misma Encarnación... Pero en fin, el sufrimiento no tiene la misma dificultad. Por ejemplo, en el Purgatorio las almas sufren todavía más y no tienen tentaciones. Por lo tanto, la dificultad no es explicar que Cristo sufre -aunque esto sea un misterio-, sino explicar que sea tentado. Y esto realmente es mucho más extraño, mucho más desconcertante y enigmático. No el sufrimiento.

Mientras estamos en esto, os indico que hay dos clases de mártires: los mártires como san Lorenzo -cuando le asaron el costado derecho dijo: «Pasemos al costado izquierdo»- que corroboran una afirmación de Teresa del Niño Jesús y de muchos otros santos: «Los mártires no tienen que hacer nada». Hay un aspecto por el que son ladrones del paraíso: Dios es el que lo hace todo. Sufren, pero no son tentados. San Lorenzo no fue tentado. A Teófilo Vénard^[7] el verdugo le dijo: «Dame un soborno y abreviaré». Él contestó: «Cuanto más dure, mejor». Esto es un aspecto del martirio del que Teresa dijo: «Veo que los mártires no hacen nada». Y es lo que dijo con toda claridad santa Perpetua en los dolores del parto. Alguien le dijo: -¿Qué será

durante el martirio?» -Entonces no seré yo la que sufrirá, es Jesús quien sufrirá». Entonces esto está claro.

Además hay un segundo aspecto del martirio, que es precisamente el martirio de Jesús. Teresa lo ha recogido en una frase de no sé quién, diciendo: los mártires fueron al martirio cantando, Jesús fue llorando y gimiendo en la agonía. Quiso un martirio mucho más doloroso, un martirio donde hay una tentación de... Mientras que los mártires que acabo de evocar sufren sin tentación, como santa Blandina^[8], que hablaba durante el suplicio -«conversaba con el Esposo», dicen las Actas de los mártires, no invento nada, está en los martirologios-; conversaba con el esposo, no estaba allí, estaba en otra parte.

B: -Me cuesta trabajo creerlo, lo reconozco.

Molinié: -¡Eso es tu notoria incredulidad! ¿No crees en estas cosas?

B: -Me cuesta trabajo creerlo. Me digo: «No es posible, cuentan eso para que haga bonito». Eso no está bien, ¿verdad?

Molinié: -Que no sea posible, es cierto. Pero que cuenten eso para que haga bonito, ¡vamos!

B: -De todos modos, aunque no sea una verdad histórica, la Iglesia lo siente como verdad.

Molinié: -Entonces ¿tú no lo sientes?

S: -¡Piensas que está adornado!

B: -Adornado no, pero... como las historias ejemplares en la Biblia, Job. Históricamente no es verdad, pero hay una verdad metafísica.

Molinié: -Sí, sólo hay un problema, y es que... precisamente, subrayo que Teresa del Niño Jesús no conoció el martirio «agradable», el que había percibido, en el que los mártires no tenían que hacer nada, si puede decirse así. Conoció un martirio mucho más cercano al de Cristo, ya que sus hermanas tuvieron miedo de que desesperase el último día; tenía suficiente, no dijo en absoluto: «Cuanto más dure, mejor». Absolutamente no. Lo

dijo antes -porque toda su vida lo dijo-, pero a la hora del martirio ya no lo dijo.

Dicho esto, a pesar de todo, está María de la Eucaristía, la prima de Teresa; ésta declara en el sentido de los mártires diciendo: «Él da la gracia». Ella tenía miedo -a diferencia de Teresa que no lo tenía-, tuvo miedo toda su vida, y al final dijo: «No, él da la gracia». ¡Es así! Dicho más discretamente, es exactamente lo mismo que santa Apolonia, otra más: condenada a ser quemada viva, ¡se echó al fuego para escapar del fuego interior...!

B: –Santa Juana de Arco, por ejemplo, no tenemos la impresión de que...

Molinié: –Parece que, en efecto, esto sea más meritorio, más cercano a Cristo en cierto modo; pero con el miedo al pecado mortal, lo que es todavía más desconcertante.

C: –La Virgen fue tentada en la Anunciación.

Molinié: –Para mí, la Anunciación, es el momento decisivo para María. Todos los Padres de la Iglesia dicen que su *fiat*, es verdaderamente... Lo comparan al de Miguel, eso es seguro.

Pero ahí cambias un poco de asunto, no estamos en el martirio. Al pie de la cruz, sí; hubo un martirio para María, y en mi opinión una estigmatización que supera a Marta Robin^[9].

Pero entonces tú, por ejemplo, tu manera de dudar de los mártires que... porque Teófilo Vénard ya no es los Hechos de los apóstoles...

B: –Mea culpa, ¡siempre vuelvo al principio!

Molinié: –Es completamente reciente.

«Cuanto más dure, mejor», es histórico; ¡no es la figura de Job! Y hay otros ejemplos, ¡a montones!

A: –Cuándo Cristo no escucha su naturaleza, ¿es su libertad, su último acto libre?

Molinié: –En cierto modo creo que sí, llego hasta ahí. Espero, porque creo absolutamente que esa clase de martirio, en la que

los mártires no tienen nada que hacer, es una especie de *redundantia* de la gloria, que se produce sin otro efecto espectacular que la alegría. Y ¡ahí tienes al Padre Kolbe! ¡Y eso también es histórico!

B: —El combate en que Cristo sufre es anterior.

Molinié: —Sí, exactamente. El combate en el que es tentado. Creo que después ya no fue tentado. Incluso cuando dice: «Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?», ya no es una tentación; es el salmo, y también la situación. Es abandonado a la muerte por el Padre, sufre enormemente por ello, pero no es tentado. En ese momento está poseído por el Espíritu del Padre. Es tentado en la agonía, pero desde el prendimiento, eso se acabó. Cuando dice a los apóstoles: «Velad una hora conmigo, el espíritu está pronto pero la carne es débil... Velad y orad para no caer en tentación», habla como alguien que acaba de tener experiencia de ello. No dice: «Ánimo»; dice: «Velad y orad para no caer en tentación», lo que prueba que, a pesar de todo, eso depende de la gracia de Dios; y que, si ésta se nos da, puede que ya no tengamos nada más que hacer. Cuando decimos que fue escuchado a causa de su piedad, es que exactamente se le concedió no ser tentado más. Para mí es eso. Se le concedió no ser tentado más a decir «no», porque supo obedecer cuando era tentado. El ángel de la agonía vino -lo que prueba que era una tentación violenta- y dejó de ser tentado. Fue escuchado en razón de su piedad; no porque era el Hijo de Dios, sino porque fue humilde en ese momento.

E: —Pero entonces, cuando dice: «Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?», ¿ya no hay tentación?

Molinié: —No. En mi opinión, no. No lo habría dicho hace poco tiempo, pero tengo la impresión de que no.

F: —¿Por qué lo dice?

Molinié: —En primer lugar porque está en los salmos.

E: —¿Para que se cumplan las Escrituras?

Molinié: —Sí, pero también porque el Padre verdaderamente le ha abandonado a la muerte; y en ese momento su naturaleza, aunque totalmente sumisa, ¡no comprende! La naturaleza saborea las angustias de la muerte manipulada por el infierno: «¿Por qué me has abandonado al poder del infierno?» Queda la pregunta, pero yo diría una pregunta casi en la gloria, en la gloria anticipada de un poder que la mantiene en la paz. Pero hay todavía una disociación relativa, que no puedo señalar con tanta fuerza como Maritain, que exagera: en ese momento es casi Cristo en dos personas, dos personalidades; una, la visión cara a cara, sumergida en las delicias; otra entregada al sufrimiento, en una oscuridad como si tuviese fe y no comprendiese nada. Eso no es verdad, no estoy de acuerdo. Hay simplemente una autonomía del psiquismo que no está completamente reabsorbido en la gloria. Hay un inicio suficiente para que diga «sí» sin tentación, pero todavía sufre y, en consecuencia, puede decir: «¿Por qué todo esto?» Sobre todo si está previsto por el Espíritu Santo. Es el mismo Espíritu Santo el que le hace decir: «¿Por qué me has abandonado?» El Espíritu Santo y la naturaleza a la vez.

E: —Sí, pero lo dice sin ninguna amargura.

Molinié: —¡Exactamente! Es más el Espíritu Santo que la naturaleza quien lo dice; mientras yo creo que, en la agonía, es más la naturaleza que el Espíritu Santo.

I: —No veo a Cristo diciendo eso con amargura.

Molinié: —¡La cuestión ni se plantea! Incluso en la agonía no hay amargura, salvo la amargura del cáliz; eso es otra cosa. Pero no hay amargura hacia su Padre, nunca. Además dice: «Padre, tú lo puedes todo, aleja de mí este cáliz»; no dice «¿Por qué me envías este cáliz?» Dice: «Quizá podrías libramme de este cáliz, es demasiado duro para mí». No dice eso en el momento del «¿por qué me has abandonado?». Allí lo constata.

B: —Y después dice a Pilato: «No tendrías poder sobre mí si no te hubiese sido dado».

Molinié: –Sí, a partir de ese momento, todo viene del Espíritu Santo. Es bastante extraordinario, salvo que hay un control monárquico que sigue controlando las palabras de Cristo. En cierto sentido no se puede decir que «aleja de mí este cáliz» venga del Espíritu Santo, viene de la naturaleza controlada por el Espíritu Santo, pero de la naturaleza como tal, no del Espíritu Santo como tal. Mientras que «Padre mío, Padre mío, por qué me has abandonado», viene del Espíritu Santo que constata la situación. La agonía duró toda la noche, desde las nueve de la tarde hasta la detención en la madrugada.

C: –Cada vez que somos tentados, Cristo conoció eso...

Molinié: –Sí, es lo que llamo el aspecto maternal de la agonía de Jesús. Cada vez que somos tentados, podemos saber que podemos echarnos en la agonía de Jesús como una madre que acoge todas nuestras tentaciones. Un mar oceánico y una madre femenina a la vez. Para mí, hay algo maternal en la agonía de Jesús.

B: –El hecho que su *voluntas ut ratio*, al principio, no sea perfecta...

Molinié: –Sí, no es perfecta en el sentido de que no está todavía en plena posesión de su reino.

B: –Dios quiso que fuera así para Cristo, ¿podría haber sido diferente?

Molinié: –¡Evidentemente! Habría podido ser creado prácticamente en la gloria.

B: –Luego, si no ha querido que sea así, ¿es para que aprenda lo que es obedecer?

Molinié: –... y que así llegue a ser el primogénito.

B: –¿Es por nosotros?

Molinié: –Sí, es por nosotros, para expiar nuestros pecados, es el misterio de la redención. Pero respecto al misterio de la redención no estoy todavía preparado. Entonces, «¿por qué, por qué?». En todo caso, ¡es así!

Habría podido ser de otra manera. ¡Ah! eso es evidente. Habría podido no encarnarse y Dios habría podido perdonarnos, ¡pasar la esponja! Dice Santo Tomás: pasar la esponja no sería amarnos, porque sería decir: «No te tomo suficientemente en serio como para pedirte una reparación». Cuando amamos a alguien, nos dejamos herir, le mostramos que le tomamos suficientemente en serio, diciendo: «¿Qué has hecho? Es muy grave; va hacer falta sufrir». Dice santo Tomás que es una señal de amor.

No son «los derechos de mi justicia», nada de eso. No es así como nos trata Dios. Es muy pobre ante nosotros pasar la esponja. Dice: «Te ayudaré a reparar los daños, pero va a haber que repararlos». Es el misterio de la redención. «Tomaré todo sobre mí, o casi, te dejaré una pequeña parte que no es malo». Cuando pasamos por taquilla para pagar la pequeña parte, nos damos cuenta de que no es tan pequeña. Pero es una pequeña parte en relación con lo que Dios ha hecho. «Voy a dejarte una pequeña parte y a cargar todo sobre mí, pero hay que hacer algo, no se puede dejar pasar: te amo demasiado y te respeto demasiado para pasar la esponja como haría con un crío irresponsable. No eres un crío irresponsable, eres un amigo, un hijo responsable, lo que has hecho es terrible. Es necesario que lo sepas».

Lo que han hecho los demonios es terrible, y esto va todavía más lejos, es aún peor.

¡Esto no es leyenda!

M: —¿En qué fue tentado Cristo en el desierto?

Molinié: —No fue tentado en absoluto del mismo modo.

M: —Perdón, pero... no es gran cosa respecto a la tentación de la agonía.

Molinié: —En cierto sentido es correcto. Nunca se ha invocado la tentación en el desierto como un acontecimiento especialmente meritorio de Cristo. Meritorio como todas sus acciones, desde luego, todo lo que hace es perfectamente meritorio, la tentación

en el desierto no más que el resto. Todo lo que hace es perfectamente «agonizante» -por tanto en referencia a la agonía y la pasión- porque vive constantemente esta pasión desde el principio. Por tanto es muy serio, pero no como fuente de sufrimiento. Es un enfrentamiento con el demonio, es muy profundo, fascinante, misterioso, impresionante, pero no es una tentación en el sentido de la agonía. Pues no es más meritorio que resucitar muertos, ¡que no está mal! Pero se enfrenta a Satanás que, por otra parte, se pregunta con quien está tratando.

D: –En la agonía, ¿Cristo pasó lo más duro? Todo lo que pasa después, ¿es un poco un añadido?

Molinié: –No, no es un añadido, es otra cosa sin la cual la agonía no podría ser una tentación. Sin embargo hace falta que eso tenga lugar. Sólo que eso tiene lugar según un equilibrio psíquico interior que no es el de la agonía. Dicho de otra manera, es peor en el momento de la agonía que en el de la realización (la pasión) desde el punto de vista del estado y, en cierta manera, del mérito de Cristo. En cierto sentido es más pobre: la pobreza de la naturaleza humana de Cristo se manifiesta especialmente en la agonía, más que durante de la pasión, en la que sin embargo se manifiesta, pero menos. Sólo que hay una solidaridad entre las dos.

A: –Durante la pasión, Cristo no grita de dolor, no dice nada de nada.

Molinié: –... Gime, según Ana Catalina Emmerich.

A: –Gime, no canta cánticos, no dice nada.

Molinié: –Tampoco canta cánticos, evidentemente. Pero, sin embargo, están las siete palabras de Cristo en la cruz, que no es poco. Está el grito final: «Dando un fuerte grito, expiró».

B: –Se calla a lo largo del interrogatorio.

Molinié: –Eso no quiere decir que se calle siempre, que se hayan transmitido todas sus palabras. Puede ser que no nos hayan llegado. Pero que haya gemido, es muy verosímil, y lo afirma Ana Catalina Emmerich.

La epístola a los Hebreos dice del momento de la agonía: «*Cum clamore valido*», con un gran grito. Sí ahí verdaderamente están justificados los gritos de Teresa al final de su vida, el día de su muerte cuando sus hermanas tuvieron miedo. Fue el eco del sufrimiento de Cristo. En el caso de Marta Robin es antes cuando experimentaba una especie de agonía de tener que sufrir la pasión, el jueves. Decía: «No podré». Y luego, cuando estaba dentro, era otra cosa. Pero eso no quiere decir que fuera fácil. Estaba poseída: pero antes también tenía la tentación de decir: «Aleja de mí este cáliz, no podré».

.

S: —¿Podría repetirnos, por favor, qué es la *voluntas ut natura* y *ut ratio*?

Molinié: —Sin profundizar mucho, la *voluntas ut ratio* es la que Cristo mismo expresa cuando dice: «No mi voluntad (*ut natura*) sino la tuya». ¿Y como es que dice «la tuya»? Dice «la tuya» porque está de acuerdo, ¿de acuerdo con qué? Con una voluntad superior que se llama según santo Tomás la *voluntas ut ratio*.

Recojo la digresión del santo Tomás, una digresión genial pero que es una digresión: chapoteamos como podemos. Pues bien, en esta divagación genial, la *voluntas ut ratio* está en perfecto acuerdo con el Padre, porque mana directamente de la visión cara a cara, y se halla en el ápice del alma, o en la *mens*, que en lo profundo es lo mismo. Y allí no hay ningún conflicto entre la *voluntas ut ratio* y la voluntad del Padre. Eso es lo que le permite decir «no mi voluntad sino la tuya»; es la *voluntas ut ratio* la que dice eso, porque es una voluntad de amor puro, que dice «tú, tú, tú, eres tú a quien amo». El Padre, por otra parte, dice lo mismo, pero a la *voluntas ut ratio*. Y a la *voluntas ut natura* la compadecen mucho, pero no pueden satisfacerla. «No mi voluntad *ut natura*, sino la tuya, que al mismo tiempo es la mía *ut ratio*».

¿Aclara ya esto un poco el cuadro? La puesta a punto exacta, fina, de estas cuestiones es realmente muy difícil, mucho más de

lo que sospecháis, y de lo que yo mismo sospechaba. He reflexionado mucho sobre ello.

Vuelvo a ello porque tengo una idea en la cabeza, que es una complicación suplementaria desde el punto de vista intelectual, pero yo la mantengo. Es que Cristo fue tentado en la agonía y que después, mientras sufría, ya no era tentado. Ya no era tentado de la misma manera, porque había un principio de repercusión regia^[10] sobre las potencias sensibles, que señala la epístola a los Hebreos cuando dice: «Fue escuchado a causa de su piedad». Dios le dio, a través del ángel de la agonía primero, y de esa repercusión después, una firmeza que perdió durante la noche de la agonía porque quiso parecerse a nosotros al máximo. Pero no podemos vivir siempre en ese enloquecimiento de la naturaleza que dice «no puedo más, no puedo más». Por eso es *un momento*, y luego, para vivir su pasión necesita ser fortalecido por el Padre; confirmado de alguna manera por un principio de *redundantía*, que se sitúa al nivel de los mecanismos psíquicos más profundos. Ahí no decayó, mientras que en la agonía decayó. Flaqueó, realmente flaqueó. Dijo a los apóstoles: «No sabéis lo que es esto, estad atentos, rezad, porque el espíritu está pronto pero la carne es débil. Rezad para no entrar en la tentación, porque estoy descubriendo lo que es eso». ¡Porque aprendió a obedecer!, dice la epístola a los Hebreos. Aprendió a obedecer, ¡no sabía hacerlo de ese modo! Así como aprendió lo que era la muerte; antes de morir en su carne, él no sabía experimentalmente lo que era morir. Lo sabía en la visión cara a cara, pero eso es otra cosa. Del mismo modo aprendió lo que es ser tentado: hasta entonces no lo sabía en el mismo grado.

He aquí lo que parece sugerir claramente el texto de la epístola a los Hebreos. «Fue llevado a su perfección aprendiendo lo que es obedecer»; es decir, a obedecer con dificultad, y no fácilmente. Cuando obedecemos fácilmente, no se trata del todo de obedecer, es regio; nuestra voluntad no se distingue mucho de la del Padre, ¡entonces evidentemente obedecemos!

A: –Descubrió lo que quiere decir obedecer. Pero antes ¿no obedecía?

Molinié: –En cierto sentido no obedecía, porque su situación era ontológicamente más perfecta que la obediencia. Es decir, había una concordancia total entre su *voluntas ut ratio* y su *voluntas ut natura*. La *voluntas ut ratio* dominaba en cierta medida de forma regia, entonces... es en cierta medida el privilegio de la naturaleza íntegra de nuestros primeros padres, lo que nuestros primeros padres perdieron: ese dominio fácil de nuestros sentidos y de nuestro psiquismo. Es regio, pero no es la obediencia. En cambio, cuando la naturaleza no obedece fácilmente, ¡aprendemos lo que es obedecer!

A: –Entonces, antes de la agonía no sufrió la presencia de...

Molinié: –Sí, pero menos. A veces, cuando pasaba la noche rezando, me permito suponer que no siempre debía ser de color de rosa. Pero pienso que la Tradición puede admitir que ahí hay un paroxismo. La agonía duró toda la noche, desde que dejó la cena a las nueve de la noche hasta la aurora, cuando fue arrestado. Cuando fue a encontrarse con los apóstoles, «ayudadme, no puedo más», es realmente el culmen de la humanidad sin pecado. La humanidad que flaquea y que, en consecuencia, en ese momento obedece de una determinada manera, aprende lo que es obedecer; cuando flaqueamos, cuando no podemos más, el «valor de las dos de la mañana», como decía Napoleón, ¡eso es la verdad! Esto responde a todo, ¡pero despierta tantas preguntas como respuestas!

Tratemos de situar las cosas, y luego volveremos al asalto con nuevas divagaciones.

D: –El conocimiento experimental de Jesús... cuando usted dice: «Él jamás fue tentado como»...

Molinié: –...tanto como en la agonía...

D: –Eso no añade nada.

Molinié: –Ontológicamente nada. Moralmente es ese misterio extraordinario de que el Padre recibe menos alegría..., los

ladrones del Paraíso le dan una gran alegría; pero el hecho de estar sometidos a la imperfección de poder pecar -de poder decir «no», y decir «sí»- da una alegría original al Padre. Evidentemente eso no puede durar eternamente: poder pecar es una grave imperfección. No puede hacernos así por toda la eternidad, por eso llega un día en que eso se acaba: ya no podemos pecar; es la gran perfección. Pero si fuéramos creados en esa perfección, como los ladrones del paraíso, habría un regalo que no le podríamos hacer. De ahí, que la imperfección misma de alguien que puede pecar es la fuente de un regalo posible, al que el Padre asocia un valor infinito, y para el que, en cierta manera, ha creado todo. La locura de la cruz es para conseguir este regalo, el regalo de aquellos que podrían decir «no» y dicen «sí», o quienes han dicho «no» y dicen «sí». Pues bien... eso lo introduce en todos sus estados, lo desata, y por eso permite todas las imperfecciones que esto supone, pero son imperfecciones ontológicas. Cristo ha conocido el máximo posible para un impecable; y la Virgen ha conocido el máximo posible para una impecante -que no es lo mismo-, ella es impecante pero no impecable.

C: —¿Qué quiere decir impecante?

Molinié: —Alguien que de hecho no peca, y que no peca infaliblemente, porque hay una predestinación.

C: —¿E impecable quiere decir...?

Molinié: —El que no *puede* pecar.

C: —Sí, pero la Virgen... ¡no puede pecar!

Molinié: —Sí, ella *puede* pecar, teóricamente habría podido pecar. Nada se oponía como una imposibilidad física a que ella pecara. Estaba muy protegida para no hacerlo y su libertad cooperaba a ello; sin eso no tendría interés -si no podía pecar, hubiera sido una ladrona del paraíso-, mientras que realmente ella hace un regalo al Padre, y él realmente le da las gracias. El Padre no da las gracias a los ladrones del paraíso, son los ladrones del paraíso los que le dan las gracias, ¡que no es lo

mismo! Mientras que aquí, el Padre da eternamente las gracias a la Virgen por haber dicho «sí», y da gracias a Cristo por haber obedecido eternamente. Para eso hace falta que el regalo sea real. Y la paradoja difícil es que eso supone evidentemente una imperfección. Esta imperfección ontológica es la condición de una gran perfección moral, porque Cristo ha dicho «sí» para la eternidad cuando habría podido resistirse; ha sido tentado a resistirse. Y la Virgen dijo «sí» cuando habría podido pecar como Lucifer. En principio, ¡sí!

E: —Lo entiendo en relación con la Virgen, ¡pero no lo entiendo respecto a Jesús!

Molinié: —¿No lo comprendes respecto a Jesús? En efecto, es mucho más difícil de comprender en el caso de Jesús, estoy de acuerdo. No podía decir «no». Pero, sin embargo, fue tentado, realmente tentado; estaba en un estado en que, si quieres decirlo así, la intendencia no acompañaba. Pues se encontraba en una especie de impotencia para decir «sí»; era incapaz de decir «no» e incapaz de decir «sí». Incapaz de decir «no» por lo alto, e incapaz de decir «sí» por lo bajo. Estaba encerrado entre dos impotencias... estaba pavlovizado, es un descuartizamiento: «No puedo decir que no y no tengo la fuerza para decir que sí», es un poco eso. Entonces suplicó, gritó pidiendo auxilio en esta situación, y fue escuchado a causa de la humildad de la que hizo prueba en aquella situación, que él no intentó superar con sus fuerzas. Y si no hubiera existido esa situación, no habría podido hacer nunca el regalo de esta súplica «*cum clamore valido*».

B: —Si hubiera persistido en «Padre, aleja de mí este cáliz», ¿no habría sido impedido?

Molinié: —Ahí me pones en un aprieto, porque es difícil. Estaba encontrando la clave, y tú me llevas de nuevo a una meditación que he tenido y que es un callejón sin salida. Mientras dice «no puedo más, no puedo más», siente que no puede decir «sí». No puede decir «no», pero tampoco puede decir «sí»; le falta la fuerza para decir «sí». En ese momento no puede pecar porque

no puede decir «no». No tiene la fuerza para decir «no» porque... pero no tiene la fuerza para decir «sí», entonces es..., yo diría que casi estaba amenazado por la locura. Si no hubiera tenido un ángel y la ayuda del Padre que le escucha por su piedad, a pesar de todo ¡podía haber acabado mal para su psiquismo! Impecable pero no irrompible. Mientras que, una vez en la gloria, es invulnerable; es regio, ya no hay riesgo, ya no es vulnerable.

Durante la pasión, en cierto modo, ya no es vulnerable de la misma manera. En la agonía, siendo archivulnerable, la herida habría podido continuar hasta un descuartizamiento total. El sudor de sangre muestra que hubiera podido morir de eso: alguien que no puede pecar y que no puede decir «sí», sólo le queda morir.

A: —Pero, ¿cómo sufre su cuerpo cuando la gloria ya ha comenzado?

Molinié: —Eso se la llama *non-redundantia*. En efecto nos lo preguntamos. Es evidente que si estuviese siempre como en la Transfiguración, tu pregunta sería legítima. Pero precisamente no está en la Transfiguración: tiene hambre, tiene sed, está fatigado junto al pozo de la samaritana, todo eso porque la gloria no le salpica. Es un misterio, pero un misterio que toda la tradición de la Iglesia ha admitido desde hace mucho tiempo.

A: —Porque tras la agonía, usted ha dicho...

Molinié: —Después de la agonía todavía puede sufrir, pero no de ese modo enloquecedor que le pone en peligro de muerte; evidentemente sí por los propios tormentos físicos, por el fenómeno físico de la muerte. Pero no existe la amenaza de una muerte por disgregación psíquica. Sin embargo, es una situación peligrosa el no poder decir «sí» y no poder decir «no». Nunca podría decir «no», pero generalmente puede decir «sí» porque tiene fuerza. Y esta fuerza llega a faltarle...

D: —¿Es el ángel de la agonía el que le...?

Molinié: —¡Entre otros! Ahí también... evidentemente, con la gloria de su alma podía muy bien superarlo, pero es por la verdad

de su condición humana, semejante a la nuestra, que necesitamos nuestro ángel muy a menudo, para no rompernos... ¡eso es! En el texto de san Lucas -creo- está ligado al sudor de sangre[11]; el ángel de la agonía prueba que, sin embargo, hay un peligro especial porque el sudor de sangre viene de lo psíquico. Por tanto es un peligro de muerte que viene de lo psíquico. Ya no conoció eso en el curso de la pasión; el ángel puso ahí el remedio. Hasta en esta humildad de parecerse a nosotros, ha querido ser sostenido por un ángel, ¡que evidentemente era inferior a él como Rey de los cielos, y que estaba a su servicio! Eso es. No sé de eso mucho más que vosotros...

G: —¿Podemos decir que Cristo ha hecho un acto de abandono?

Molinié: —El abandono lo realizaba siempre. Lo que es nuevo aquí es que estaba tentado por el «no», porque no podía más.

Tendríais que explicar qué entendéis por abandono, siento que ponéis mucho en él, y no prometo seguiros ahí..., el abandono es una noción muy profunda, habría que reflexionar sobre ello...

G: —Al sentirse abandonado por Dios, lo que él aceptó a causa de nuestro pecado, conoció en Getsemaní este enloquecimiento, este descuartizamiento.

Molinié: —En eso estamos de acuerdo...

G: —También de no sentirse ya unido a Dios.

Molinié: —¡Eh!

G: —Asumió el pecado, no en el pecado, sino en no sentirse ya unido a Dios.

Molinié: —Pues, no sé si... Podemos discutir sobre eso. Su opinión es muy respetable, pero no estoy muy seguro de compartirla fácilmente, porque creo que siempre se sintió unido a Dios. Cuando dice: «Dios mío, por qué me has abandonado», es que está abandonado: sobre la cruz, en ese momento preciso, él lo dice regiamente, porque ya no es tentado, y creo que santo

Tomás lo dice con todas las letras. Está abandonado en el sentido de que su Padre podría protegerlo de la muerte, ¡y no lo hace! Es precisamente lo que le pide durante la agonía: «Sin embargo, ¿tal vez podrías protegerme de eso?» Y la voluntad del Padre es no protegerle de la muerte: en ese sentido está abandonado, pero no está abandonado en el sentido de que ya no están unidos.

G: —Pero ¿en su experiencia...?

Molinié: —Es abandonado en el nivel providencial en su *voluntas ut natura*; en efecto, la *voluntas ut natura*, la carne, se siente completamente abandonada a la muerte, ¡eso sí! «Mi Padre podría enviar doce legiones de ángeles, podría protegerme de todo, ¿por qué no lo hace?» En este sentido está abandonado, abandonado a la muerte, no está abandonado «sin más» porque la *voluntas ut ratio* queda. No puede sentirse abandonado espiritualmente, pero puede sentirse abandonado como nos sentimos abandonados por un amigo que sigue siendo nuestro amigo ¡y no viene a darnos la ayuda que podría darnos! Y es verdad, el Padre podría protegerlo y no lo hace. La *voluntas ut ratio* dice «sí», pero la *voluntas ut natura* se siente abandonada, sí.

G: —¿En ese sentido puede decirse que Jesús se abandona, que realiza un acto de fe, de confianza?

Molinié: —¡Ah! la palabra fe no me gusta nada, ¡nada!, ¡nada!

G: —¿Confianza?

Molinié: —Confianza sí, pero eso es otra cosa. Es más bien poner las llaves de la situación en las manos del Padre, abandonar todo control de la situación, y aceptar eventualmente morir de locura a causa de eso: «¡No mi voluntad, sino la tuya; si esto debe llegar hasta la locura, ¡sea!» Y en ese momento fue salvado, al menos de la locura y de la muerte inmediata, por el ángel de la agonía y por el comienzo de *redundantia* que va a sostenerlo con fuerza durante toda la pasión: «He hecho mi rostro duro como la piedra». Vuelve a tener fuerza, aunque diga: «¿Por

qué me has abandonado?», con una paz que no tenía en la agonía.

Eso es lo que estoy intentando decir yo también, ¡es una tentación! Pero hago lo que puedo, farfullamos concienzudamente entre nosotros.

B: —En el Evangelio nunca se percibe a Jesús tentado de faltar a la confianza hacia su Padre.

Molinié: —Sí, sí, no es tentado de faltar a la confianza, es tentado de decir «no puedo más», porque siente la muerte, la locura que viene, porque, a pesar de todo, el sufrimiento es tal que no puede más. ¡Pero eso no es una falta de confianza! Es una falta de control, la intendencia no le acompaña. El Padre parece abandonar la intendencia a su destino, lo que de hecho el Padre no va a hacer. Si lo abandonase realmente a su destino, moriría por ello en la agonía, creo que el sudor de sangre se transformaría en muerte. Y creo que entonces el Padre no lo abandonó, había una especie de comienzo de abandono en el plano físico o en el plano psíquico, pero no en el plano espiritual.

¿No tenéis preguntas más fáciles?

M: —Yo tengo una. Tengo la impresión que hay como dos libertades, ¿no?

Molinié: —¡Ay, ay, ay!... ¡Creía que decías dos libertades en Cristo! Hay dos clases de libertad, es verdad. Está la libertad de Dios que no puede pecar... y la libertad *imperfecta*. Sólo allí donde el misterio se convierte en un abismo fascinante -sin ser libre (de pecar)-, Dios conoce toda la perfección de la libertad moral a modo de gratuidad. Hay algo en la procesión del Hijo a partir del Padre y en la procesión del Espíritu Santo que, sin ser libre, es absolutamente gratuito, y es un don. Pues en la Trinidad se da toda la perfección del don. Pero no sé cómo, eso me supera completamente, sólo puedo comprender el don si somos libres de rechazarlo, si no, no tiene la perfección del don. ¡Ah! no puedo comprender eso de otra manera.

De una manera muy misteriosa, hay un equivalente trascendente de esto en Dios; y nosotros *sólo* podemos participar de esta gratuidad incomprensible si podemos pecar. Es una libertad inferior a la de Dios, pero que conoce su paroxismo en el hecho de decir «sí», cuando podemos decir «no», y en ese momento la libertad es glorificada por la recompensa divina. Eternamente Cristo es el que ha dicho «sí» cuando habría podido decir «no»; por tanto, en cuanto hombre, se aproxima a la gratuidad de las Personas divinas. Y los bienaventurado también. Todos los que han dicho «sí». Los ladrones del paraíso no tienen este don. Y las almas del purgatorio han perdido una parte de él, habrían podido ir más lejos en el don. No sé si esto responde a tu pregunta...

M: —Me cuesta seguirlo, no he comprendido todo.

Molinié: —Pero es muy difícil lo que me preguntas y, por lo tanto, ¡lo que te contesto también es muy difícil! No, pero eso quiere decir que Dios no tiene esta libertad de decir «sí» o «no», tiene un equivalente de eso. Sentimos que hay algo formidable en el hecho de decir «sí» cuando podemos decir «no». Entonces decimos: a Dios le falta eso. ¡No! ¡Eso no le falta! Bajo otra forma... bueno eso es. ¿Has comprendido?

A: —Y la *no-redundantia*... ¿Hasta cuándo?

Molinié: —Exclusivamente hasta la resurrección.

¡Hay un inicio, claro que sí, hay más y menos! En la Transfiguración hay mucho más, y no es todavía la resurrección. Porque la *redundantia* no es perfecta, incluso en la Transfiguración, porque no es definitiva. Cuando Cristo hace un milagro hay un poco de *redundantia*, y durante toda su vida hay un poco de *redundantia*. Pero en la agonía tiende hacia cero, por lo menos en lo que concierne al psiquismo: está en peligro de muerte por falta de *redundantia*, como un oxígeno que se retira de todo el organismo humano.

A: —En ese caso, ¿podríamos decir que Cristo sufrió más, incluso corporalmente, durante la agonía que durante la pasión?

Molinié: —Estoy tentado de decirlo. Respecto a lo corporal no sé nada, porque lo corporal es sólo una consecuencia de algo mucho más terrible, que todos los místicos dicen que es de orden espiritual incluso en el plano del dolor. Es decir, que el dolor espiritual ante el infierno, el demonio, el pecado... es todavía peor que los dolores físicos; por tanto, en la agonía, y en la cruz, lo es de una vez por todas. Estoy tentado de decir que todo este conjunto ha sido más peligroso, y que el paroxismo desde el punto de vista psicológico y también fisiológico -peligro de muerte- fue más lejos en la agonía que en la cruz, donde yo diría que se realizó de manera más regia.

Sí, siento que es una palabra importante. Y en su grito se da a la vez el grito de dolor y el éxtasis. El éxtasis final de Teresa del Niño Jesús... Están los dos. Por lo tanto hay en cierta medida una *redundantia* última a pesar de todo.

B: —Tengo una pregunta más fácil.

Molinié: —¡Gracias!

B: —Desde el principio, ¿Jesús sabía todo lo que le iba a pasar?

Molinié: —¡Oh sí! Se lo dice mucho a Van[12]; y a la vez le dice que es terrible, es peor ver venir la pasión que sufrirla. Y al mismo tiempo, Van le dice: «¡Entonces tu vida era...!» Él responde: «No, la alegría lo superaba siempre. ¡Siempre he estado alegre a pesar de todo!» Las dos cosas. Pero ya le dijo claramente a Van que, psicológicamente, el miedo a la pasión era peor que la pasión. Éste es también un fenómeno humano muy conocido.

B: —¿No lo descubrió progresivamente?

Molinié: —¡Oh no, no, no! Tuvo también ese elemento muy humano que no pudo ignorar, la inminencia. ¡A pesar de todo!

S: —Y cuando era bebé...

Molinié: —Sí... cuando era bebé, evidentemente no tenía la capacidad de sufrir como tuvo en la edad madura, eso es seguro. Su capacidad de sufrir se desarrolló como el resto. Pero además,

eso a su vez tenía que venir, pero sin embargo no de inmediato. ¡Y en la psicología humana el aspecto inmediato de algo tiene una repercusión poderosa, temible, y de exaltación hasta la agonía!

Cuando dice: «No ha llegado mi hora», y después: «Mi hora ha llegado», es a la vez totalmente divino e increíblemente humano. Es ahí donde siempre perdemos pie...

A: —¡Me pregunto cómo la Virgen le hablaba de Dios!

Molinié: —¿A Jesús? Entonces... ¡Crees que le dio catequesis!

A: —Me lo pregunto, ¿es ella quien le enseñó la Ley!

Molinié: —Reconozco que hay un misterio. Algunos textos parecen indicar que a pesar de que ella lo sabía, sintiendo que él merecía adoración, quizá no tuvo un conocimiento rigurosamente claro de su divinidad. José y María no comprenden: «Tengo que atender los asuntos de mi Padre», de todas formas dice que no comprenden..., no estoy al corriente de la Virgen... Es muy posible que desde el principio supiera que Jesús iba a sufrir la pasión sin tener un conocimiento exacto de los privilegios de su Hijo.

Estoy tentado de decir que sabía que él era Dios, pero ¿sabía ella, por ejemplo, que tenía la visión cara a cara?, eso...

Eso también está claro en Van, todo el mundo puede equivocarse incluida la Virgen que dice: «Me equivoqué»; se equivocó en el episodio del Templo. Hay algo muy humano cuando le dice: «¿Por qué me tratas mal? Mi hora no ha llegado todavía». Estoy perdido, pero creo que se hieratiza todo esto de manera extremadamente peligrosa, se pone esto en una hornacina, cuando son personas... ¡No! Son muy humanos, espontáneos, estúpidos y geniales a la vez, en fin, ¡todo es posible con ellos! Jesús es especial porque tenía la visión cara a cara, es otra cosa...

B: —¡La Virgen, sin embargo, había tenido la profecía de Simeón!

Molinié: —¡Lo que no quiere decir que la hubiese comprendido! Y precisamente eso también prueba que esa profecía no era un lujo... y al mismo tiempo, le dice a Josefa Menéndez[13] que sabía todo...

A: —Sí, la profecía de Simeón confirmó lo que presentía por sí misma.

Molinié: —Eso me gusta, ves, eso me parece en cierto modo lo que yo presiento..., intuitivamente ella lo sabía todo, pero claramente y como un profesor no sabía nada. La Virgen no es un profesor. Si buscamos un profesor entre las personas sobrenaturales, más bien es el demonio. El demonio es un profesor...

F: —¿Por qué ella sentía o sabía todo?

Molinié: —¿Por qué sentía todo? ¿En qué te sorprende eso?

F: —No tuvo revelación sobre la pasión en la Anunciación, no se le ha dicho nada, ¿no?

Molinié: —Escucha, si Dios sintió la necesidad de hacer vislumbrar a Abrahán, mientras dormía, que su tarea no sería siempre un camino de rosas, el sueño espantoso en que fue sumergido..., yo creo que Dios no coge a la gente a traición. En el *momento* de la Anunciación, quizá no antes, presintió que esto era serio. Y eso pudo precisarse poco a poco por medio de las profecías, cuyo alcance exacto no comprendía. Éstas le daban en primer lugar la certeza de una gloria extraordinaria -aquí también la alegría con mucho la invadía-, pero con una zona de sombra, una dimensión de sombra muy pesada que ella sentía, que, sin embargo, dio mérito a su «fiat». ¡Era necesario, sin embargo, que no fuera demasiado comfortable! Magnífico, pero no comfortable.

Creo que tuvo muchas intuiciones y, a causa de eso, el equilibrio la llevaba, de una manera absolutamente imposible de medir, hacia la gloria y la alegría, seguro. Había un peso -además gloria quiere decir peso, es la misma palabra en hebreo- de alegría formidable, al estilo del equilibrio que describe a su modo inverosímil Marta Robin, cuando describe la manera en que

Cristo la estigmatiza. Hay que leerlo, es un texto... La manera en que Marta Robin describe la estigmatización es extraordinaria; se siente que sufre tanto que... la alegría la arrastra, pero ¡no se sabe cómo! Si no, no podría. Entonces, como para mí la primera estigmatizada es la Virgen... Lo fue al pie de la cruz; no antes en cierto sentido, no, de acuerdo; creo que fue estigmatizada al pie de la cruz, invisiblemente, como esposa crucificada. Ella es la figura de la Iglesia al pie de la cruz, y la Iglesia es la esposa del Cristo.

Del libro M.-D. Molinié, *Coupable de tout pour tous. Variations sur le mystère du Salut*, La Nef 2008, 171-185. 103-140. Las aclaraciones y observaciones corresponden a las sesiones de preguntas de los días 27 de marzo y 8 de abril de 1998.

NOTAS

[1] N del T: Cf. Heb 5,8-9.

[2] N del T: Cf. Mc 14,36.

[3] N del T: Cf. Heb 5,7.

[4] N del T: Prov 8,31.

[5] N del T: Cf. Mt 26,41.

[6] N del T: se refiere a M.-D. Molinié, *Un feu sur la terre. Réflexions sur la théologie des saints*, IX, *L'irruption de la Gloire*, Paris 2001 (Téqui).

[7] N del T: Teófilo Venard (1829-1861), joven sacerdote misionero francés que fue decapitado a los 32 años en Hanoi y canonizado en 1988; sus cartas inspiraron a santa Teresa del Niño Jesús a rezar por las misiones.

[8] N del T: Blandina, joven esclava martirizada el año 177 en Lyon bajo el emperador Marco-Aurelio.

[9] N del T: Marta Robin, fallecida el 6 de febrero de 1981, desde los veintiocho años víctima de parálisis total. Su único alimento durante cincuenta años fue la comunión; cada viernes sus manos, sus pies y su frente sangraban como los de Cristo crucificado. Puede leerse el libro de J. Guiton, *Retrato de Marta Robin*, Monte Carmelo, 2005.

[10] N del T: la palabra francesa «royal» tiene el doble sentido figurado de «total», «pleno» y de «regio» en el sentido en el que los reyes ejercen su poder. Este sentido de «regio» se mantiene en los párrafos siguientes.

[11] N del T: Cf. Lc 22,43-44.

[12] N del T: Marcel Van (1928-1959), joven vietnamita que deseó desde niño ser sacerdote y, después de innumerables pruebas, fue elegido por Teresa de Lisieux para ser su discípulo predilecto y su secretario. Renuncia al sacerdocio y profesa como hermano redentorista en Hanoi. Muere en un campo de concentración de Vietnam del Norte. Para la importancia concedida a Van por Molinié puede leerse la carta 39 a sus amigos. Hay una edición de las obras completas de Marcel Van en francés publicadas por Saint-Paul Editions Religieuses / Les Amis de Van, en cuatro volúmenes: 1. *Autobiographie* (Paris 2005), 2. *Colloques* (Paris 2006), 3. *Correspondance* (Paris 2006), 4. *Autres écrits* (en preparación). De los 2 primeros volúmenes hay traducción inglesa.

[13] N del T: Sor Josefa Méndez (1890-1923), nacida en Madrid en una familia humilde, ingresó el año 1920 como hermana coadjutora de las religiosas del Sagrado Corazón en el convento de Les Feuillants de Poitiers. Durante sus cuatro años de vida religiosa recibió mensajes del Señor y de la Virgen, recogidos en un libro titulado *Un llamamiento al amor*.